

El temor de Dios y el temor a dioses extraños

Reflexiones intertextuales sobre: Sal 111 — Dt 18,15-20 — Mr 1,21-28 — 1 Co 8,1-13

Salmo 111

Siempre que me dispongo a abordar textos bíblicos, para predicarlos o escribir sobre ellos, hago una lectura inicial para tomar nota de lo que más me llama la atención en ellos. Lo que más me llama la atención es, naturalmente, algo subjetivo y cambiante entre persona y persona. Incluso en la misma persona, será diferente según las circunstancias de su vida.

El Salmo 111 es un salmo de alabanzas alborozadas, que viene a ser un recital de los beneficios y las bondades de Dios. A pesar de todo ello, lo que a mí me llamó la atención en una primera lectura del salmo, fue la reiteración del concepto del temor del Señor:

En el versículo 5 es Dios quien alimenta, desde luego, pero solamente, parecería ser, «a los que le temen». (La versión Dios Habla Hoy le quita hierro al asunto, transformando ese «temor» en mera «honra».)

Entre la última frase del versículo 9 y la primera del versículo 10, aparece dos veces más ese temor. Primero, La versión Reina-Valera nos informan que «Santo y temible es su nombre» (del Señor); aquí la versión Dios Habla Hoy exagera un poco el asunto, poniendo que: «Dios es santo y terrible». A continuación, tenemos la conocida sentencia de que «El principio de la sabiduría es el temor del Señor». Por cierto, la versión Dios Habla Hoy resulta desastrosa en este versículo, al eliminar tanto el «temor» del Señor, como el «practicar sus mandamientos» y dejando ambas cosas en un mismo término, «honra», que se repite para ambos conceptos.

¿Por qué me llama la atención el que parezca tres veces, en diez versículos de alabanza, el concepto de temer a Dios?

Se me ocurre que las circunstancias presentes de mi vida me invitan a considerar que es sabio y prudente sentir un poquito de miedo en la vida. Como sabéis, el año pasado mi esposa fue operada de un cáncer. Sigue todavía en observación y la impresión que tenemos es que probablemente van a tener que volver a intervenirla; y quién sabe si el resultado será tan perfecto en cuanto a la reconstrucción de su párpado como antes. Luego —como también sabéis— hace dos meses y pico mi hija dio a luz dos mellizos muy prematuros. Uno de ellos sólo vivió dos semanas; el otro nadie sabe cómo es que vive, pero os aseguro que el líquido que tiene en la cabeza lo ha dejado tan desproporcionado y grotesco, que nuestra hija menor lo describe como un alienígena.

En estas circunstancias sé que Dios está de mi parte y le siento muy próximo. Sin su aliento pienso que me hundiría. Pero descubro también que Dios me da algo de miedo, en el sentido de que hoy día es para mí prácticamente imposible pensar más allá que un día a la vez. Tomándome un día a la vez, consigo que las cosas acaso terribles que me esperan en el futuro, no condicionen ni paralicen mi capacidad de vivir hoy. Jesús, que en las palabras de Isaías, fue «varón experimentado en dolores» y sabía muy bien adónde conducirían sus enfrentamientos constantes con los que ostentaban el poder religioso y político, lo expresó así: «Basta a cada día su propio afán». El Señor nos resulta temible en la medida que la propia vida se nos puede torcer y descomponer en cualquier momento y Dios a veces parece que no quiere o no puede intervenir para evitarlo.

«Santo y temible es su nombre. El principio de la sabiduría es el temor del Señor»
(Sal 111,9b-10a).

Por cierto, no quiero abandonar este salmo sin antes resaltar un aspecto que me parece importante en cuanto a las intenciones del salmista. El salmo 111 tiene el mismo número de líneas que tiene letras el alfabeto y cada línea arranca con una letra distinta, empezando por el *alef* y acabando con la *taf*. Descubrimos que el contenido del salmo es así también, así de completo y redondo: Es un compendio de todas las cualidades de Dios. Entre ellas está esta —naturalmente— el que nos inspira algo de temor; pero sobresalen especialmente aquellas cualidades que nos inspiran a amarle y confiar en él incondicionalmente, incluso en los momentos más duros de nuestra existencia humana.

Deuteronomio 18,15-20

La otra lectura que teníamos para hoy del Antiguo Testamento, también nos muestra un Dios temible. El pueblo de Israel recuerda con miedo el terror que pasaron ante el monte Sinaí cuando Dios les habló audiblemente en medio de un sonido como de trompetas. Aquella experiencia les resultó tan espantosa que están convencidos de que si Dios volviera a hablarles personalmente, se morirían. Nuestra lectura no acaba de distanciar la idea de la muerte con la de Dios. Deuteronomio 18,20 concluye augurando que el profeta que habla cuando Dios no lo manda hablar —o que habla de parte de otros dioses— ese profeta morirá. Sin embargo en los dos versículos siguientes, que no venían incluidos en nuestra lectura para hoy, la conexión entre el Señor, el profeta y el temor, toma otro giro menos terrible, quizá hasta cómico: Ahora el falso profeta, aquel cuyas profecías no se cumplen, no se sabe si morirá o no, pero lo que sí sabemos es que no hay por qué tenerle miedo.

Así descubrimos que el temor de Dios es un factor que suelen utilizar los profetas para que la gente les tengan miedo también a ellos. Esto lo he visto yo en alguna ocasión. Personas que presumiblemente tienen dones de profecía —no entraré a juzgar si era verdad o no—, que hacían que la gente se sintiera incómoda en su presencia y

los obedeciera, no sea que les profetizaran alguna cosa desagradable. Se me hace que el autor de Deuteronomio ha pensado en otra suerte peor que la muerte para el falso profeta: ¡Que la gente se acabe desengañando y riéndose de sus augurios en lugar de tenerle miedo!

Marcos 1,21-28

En nuestro salmo las alabanzas del Señor ocupaban todo el espacio espiritual y lo llenaban todo de luz, de tal suerte que es imposible contemplar tan siquiera la posibilidad de la existencia de otros espíritus, de tipo maligno o malicioso. En Deuteronomio era posible profetizar en nombre de otros dioses, lo cual conducía a la muerte del profeta. Pero según el Evangelio de Marcos, nada más empezar el ministerio de Jesús, él ofrece otra salida muy superior al dilema planteado por la existencia de seres espirituales de signo negativo y mortífero.

En la medida que el falso profeta no se esté inventando cualquier tontería sino que habla por inspiración de dioses extraños, hay que suponer que en algún sentido ese profeta está poseído por esos dioses extraños. Lo cual nos trae a la situación que se encuentra Jesús cuando empieza a enseñar en la sinagoga de Capernaum:

Un hombre con un «espíritu inmundo» empieza a hablar, presumiblemente inspirado por ese espíritu. El hombre grita a voces expresando un inmenso terror, terror que tiene que haber sido contagioso, asustando a todos los que escuchaban: «¿Por qué te metes donde no te invitan? ¿Has venido para destruirnos?» Es inevitable imaginar que ese «espíritu inmundo» es más o menos lo mismo que aquello que el autor de Deuteronomio describía como «otros dioses», dioses diferentes que el Señor de Israel, por tanto inmundos, que conducen a la muerte.

Pero el desenlace aquí no es la muerte de este profeta que habla por inspiración de un espíritu inmundo. No, Jesús se apiada de este «falso profeta» que habla por inspiración de ese «dios extraño» o «espíritu inmundo». Jesús le anuncia palabras de liberación, expulsa de él la fuerza maligna y maliciosa que torcía su alma e inspiraba miedo en todos los oyentes. No sin cierta lucha —Marcos nos informa que el pobre hombre se sacudía con violencia y daba gritos espantosos— al final el espíritu inmundo se va.

Esta escena nos rompe los esquemas a los occidentales, que sólo queremos demonios, dioses y poltergeists en el cine, con la misma categoría de seres fantasiosos e imaginarios con los vampiros, fantasmas, zombis y alienígenas invasores. Pero para la inmensa mayoría de la gente del mundo hoy día, esta escena que cuenta Marcos no tiene nada de fantasiosa ni de irreal. Describe un conflicto entre fuerzas espirituales que todo el mundo —menos los occidentales— sabe que controlan a los seres humanos. Lo esperanzador de este relato es que la fuerza benéfica y benévola que representa Jesús, se manifiesta tan superior y tan libertadora.

Y el resultado final es que ha desaparecido de la multitud el miedo, sustituido ahora por la admiración del poder sobrenatural que ha demostrado poseer Jesús. Aquí no me acaba de satisfacer ni la versión Reina-Valera ni la Dios Habla Hoy para el versículo 27. La primera pone que «Todos se asombraron, de tal manera que discutían entre sí...» La segunda pone: «Todos se asustaron y se preguntaban unos a otros...» La primera nos deja la nota negativa de una discusión entre los que estaban presentes, la segunda nos deja con la impresión negativa de que siguen asustados. A mí me parece que el griego de Marcos lo deja bastante claro: La reacción de los que estaban presentes en la sinagoga es de admiración y alegría, donde se formaron corrillos entusiastas de todo el mundo hablando a la vez, cada cual queriendo ofrecer su opinión de qué era esta cosa tan maravillosa que acababa de pasarles a todos. Porque no nos engañemos: los espíritus inmundos son siempre espíritus públicos. Puede que se manifiesten en un individuo pero envenenan todo su entorno. No cabe duda que todo el pequeño caserío que era Capernaúm, venía sufriendo desde hacía mucho tiempo los desmanes de este pobre hombre. Y por tanto todo Capernaúm acababa de experimentar un acto maravilloso de liberación.

Ha desaparecido el miedo. En su lugar sólo queda admiración y libertad y ganas de contárselo a todo el mundo. Nuestro pasaje del Evangelio cierra con el comentario de que la fama de Jesús se difundió por toda la región.

1 Corintios 8,1-13

La evolución de esta idea del miedo o temor acompañada de la idea de Dios (el Salmo 111) o los dioses (Deuteronomio 18) o los demonios (Marcos 1), tiene una última evolución en nuestras lecturas para hoy: 1 Corintios 8.

Pablo deja bien claro que lo que debe inspirar toda nuestra conducta es la consideración que se merecen los más débiles entre nosotros. Quien todavía vive presa de miedos a dioses paganos y espíritus controladores, puede interpretar mal el que alguno de sus hermanos cristianos coma carne que no se haya sacrificado conforme a los preceptos del *cashrut* judío. Esto exige, quizá, que demos alguna explicación.

Las carnicerías de la época, como las de ahora, vendían carne que había sido sacrificada en otra parte, donde era posible deshacerse de los desperdicios sin contaminar las zonas residenciales. En aquel entonces los residuos sólidos se quemaban y la sangre se derramaba en la tierra. Entre el humo y la sangre en descomposición, el resultado tenía que ser bastante desagradable para el olfato. Por eso se sacrificaba siempre en mataderos municipales, llamados «templos». Se acostumbraba dedicar esos mataderos a alguno de los dioses, que se entendía que eximían así de culpabilidad por esas muertes a los seres humanos. La carne que se adquiriese en cualquiera carnicería que no fuera judía, entonces, tenía que venir forzosamente de un templo pagano, donde se había sacrificado el animal.

Comer carne podía suponer, entonces, todo un dilema para los judíos y cristianos excesivamente escrupulosos. Pablo quiere que todos los hermanos sean considerados con esos cristianos excesivamente escrupulosos, llegando a decir que sería preferible el vegetarianismo antes que hacer tropezar a ningún hermano. Pero el fondo de la cuestión en sí, según la entiende Pablo, es que no hay aquí nada que temer. Esos dioses falsos, dioses paganos, dioses y demonios extranjeros, ya no asustan, ya no inspiran el más mínimo temor.

Hemos cerrado así el círculo. Empezábamos con el temor del Señor, que no es más que una prudencia sensata ante las sorpresas desagradables que siempre nos puede deparar el futuro. Veíamos que también existen otras fuerzas espirituales, de signo negativo, que conducen a la muerte. Pero Jesús nos enseña que esa espiritualidad negativa se puede eliminar, que los temores que nos inspiran pueden ser desterrados por la maravillosa liberación de su poder. Y Pablo nos confirma que no hay nada que tengan que temer «los que aman a Dios y son conocidos por él» (1 Co 8,2). Así las cosas, al único que hace falta tener en cuenta sigue siendo a ese Dios verdadero, aquel en quien esperamos y de quien siempre recibiremos consolación y fuerzas, pase lo que pase.

Como los que estaban presentes en aquella pequeña sinagoga de Capernaúm, me siento llenar de admiración y esperanza y luz.

¡Parece ser que Dios pretende salvarnos y no destruirnos!